

tor a la utilización del volumen. En las abundantes anotaciones el Prof. Évieux remite frecuentemente a su estudio sobre Isidoro de Pelusa.—C. GRANADO.

BEAUJARD, B., *Le culte des saints en Gaule. Les premiers temps. D'Hilaire de Poitiers à la fin du VI^e siècle* (Histoire religieuse de la France 15, Du Cerf, Paris 2000), 613p., ISBN 2-503-51275-5.

La presente obra, tesis doctoral de la autora en 1994, ocupará un lugar destacado en la historiografía francesa, pues sitúa los orígenes del culto a los santos en las Galias en su justa medida, dejando hablar a los documentos escritos (textos hagiográficos) y a la arqueología, anteriores al siglo VI, con toda honestidad y verdad, lo que de entrada significa una reducción en el número de santos, en su antigüedad, en el culto tributado, pero una reducción sin carácter polémico. Así nos muestra que antes de Hilario de Poitiers prácticamente era mínimo el recuerdo y el culto a los mártires en las Galias. Fue Hilario el primero que se preocupó del martirio y de los mártires forjando una definición de martirio como concepto abierto a otras formas de santidad distintas a la del derramamiento de sangre. Parece que Martín de Tours (+397) y Victricio de Rouen fueron los que introdujeron el culto de los santos en sus ciudades, importando para ello reliquias de mártires. Hasta el 406 el culto de los santos era un fenómeno marginal, prácticamente perteneciente a la esfera privada. (Se habla también de mártir, aunque no haya muerte, hay un martirio de deseo por defensa de la fe y por la virtud. El servicio a la iglesia y la vida ascética se considerarán tan meritorias como la efusión de sangre. En esto consistiría la originalidad de los santos galos). A partir del 407 se desarrolla una nueva concepción de la santidad basada en la humildad, sumisión y renuncia a los bienes de este mundo. Santidad propia de monjes (Marsella y Lérins influyen notablemente en el desarrollo del culto a los santos), pero también accesible a todos los fieles. Se considera que esta nueva idea de santidad tiene el mismo valor que el martirio. A partir del 455 el culto a los mártires deja de ser simplemente un fenómeno espiritual y adquiere una valencia de orden político-militar. Comienza una primera floración de santos que se convierten en los defensores y patronos protectores de las ciudades ante las guerras, las epidemias o las herejías; el culto a los santos, con sus basílicas, contribuye a modificar la misma geografía de las ciudades y del medio rural y contribuye también a reforzar la autoridad de los obispos y de los reyes. Con Venancio Fortunato y Gregorio de Tours (538-594) se inicia una nueva literatura hagiográfica más adaptada a las necesidades de los tiempos con santos que hacen milagros y no sólo tienen virtudes y que difunden una moral que regula los comportamientos y relaciones humanos y alienta la esperanza de alcanzar, por intercesión de los santos, la salvación eterna. También fortalece las prerrogativas episcopales. Los obispos multiplican las fiestas en honor de los santos e, incluso, inventan (o los cuerpos de los mártires se descubren por azar o gracias a una revelación, o se adquieren reliquias), sobre todo en el siglo VI, santos mártires militares o misioneros. Con la invención, todavía excepcional en el siglo V, pero muy abundantes en el siglo VI donde se cuentan más de 120 santos galos (cf. p.243-247), se extiende notablemente el culto de los santos en las Galias. En ello influye, sin duda, el nuevo con-

cepto de santidad concretado en el servicio a la iglesia y por la vida ascética. El culto de los santos tiene una dimensión individual y privada, con la finalidad de obtener la intercesión del santo ahora (obtención de beneficios) y en el más allá (salvación escatológica). Para hacerse amigo de los santos y obtener su auxilio hace falta: poseer la fides (buena fe de la dos partes y fidelidad recíproca), respetar a la iglesia (sus miembros, sus bienes, la ética o caridad, su ritmo de vida), buscar la perfección, una vida santa o esforzarse por ser mártir. La amistad es contrato entre el santo y el fiel: el santo auxilia, el fiel es obsequioso. El culto tiene también una dimensión pública, eclesial, civil, ya que los santos son los mejores defensores de las ciudades, incluso son sus creadores por cuanto en torno a las basílicas surgen, ya desde el siglo VI, nuevos barrios contribuyendo así a la transformación del paisaje y a ir ampliando el espacio mismo de las ciudades a las que les aseguran la protección del santo patrono. La realización del culto a las reliquias de los santos queda reservado al sacerdote y, por supuesto, al obispo que es quien fija las celebraciones y su calendario, con lo que se influye no sólo en el espacio sino también el ritmo del tiempo (Navidad, Pascua, celebración del *dies natalis* del santo incluida la celebración civil festiva) en la ciudad, de modo que toda la vida queda impregnada de cristianismo. Esto influye notablemente en la vida cotidiana de la ciudad, con lo que el obispo va adquiriendo más poder frente al poder civil, produciéndose una rivalidad entre ambos poderes. El obispo llega a convertirse en patrón de la ciudad, en santo patrón por amigo y conciudadano de los mártires locales y por amigo y sucesor de los apóstoles y de los obispos fundadores de la iglesia particular. Las iglesias o los santuarios se colman con los dones de los fieles. Estos bienes de los santos pertenecen o se destinan a los pobres, de modo que la iglesia o la basílica ejerce una gran labor de beneficencia y asistencia a pobres, enfermos, huidos o esclavos. El culto a los santos, en el período sabiamente investigado por B. Beaujard, con sus fiestas cívico-religiosas influyeron notablemente en la creación de una nueva civilización, una nueva ciudad, una nueva historia y una nueva personalidad. Importantísima contribución a la historia religiosa y política de las Galias de la tardía antigüedad.—CARMELO GRANADO.

DE CLAIRVAUX, BERNARD, *Sermons sur le Cantique* II (16-32), *Oeuvres complètes* XI. Texte latin des *S. Bernardi Opera* par J. LECLERCQ, H. ROCHAIS et CH. H. TALBOT. Introduction, traduction et notes par PAUL VERDEYEN, S.J., et RAFFAELE FASSETTA, OCSO (Sources Chrétiennes 431, Du Cerf, Paris 1998), 495p., ISBN 2-204-06993-0.

Los sermones (16-32) de san Bernardo sobre el Cantar de los Cantares editados en el presente volumen contienen una abundante doctrina espiritual. Destacamos algunos puntos: Sobre la presencia o ausencia del Espíritu en nosotros (17,1), sobre las características del amor de Dios (18,7; 20,4), de los perfumes del Esposo, de la belleza de la Esposa que es la Iglesia, etc. Diferencia entre *infusión* de las virtudes y *efusión* apostólica (18,6); sobre los superiores de la vida religiosa (23,2); sobre el crecimiento en la vida de gracia (27,10-11); sobre las muchas moradas (23,9-10). Mención especial hay que hacer del conocido Sermón 26 sobre la muerte de su hermano Gerar-